

en la plaza «por sorpresa», aunque mas adelante, cuando vió lo ocurrido, modificó su vaticinio lord Aberdeen y Mr. Sidney Herbert aseguraban que, segun la opinion general, la ciudad de Sebastopol seria tomada por un golpe de mano, y, segun el almirante Dundas, las dos terceras partes del ejército esperaban que Sebastopol cayera «á los dos ó tres dias;» pero ¿qué ha sucedido? Que, como decia Mr. Cobden á fin de 1855, los aliados han perdido casi tanta gente como perdió Napoleon para apoderarse de Moseou; y sin embargo Sebastopol no ha caido todavia enteramente en su poder.» Como quiera, despues de haber ganado la batalla de Elma por haber descuidado el príncipe de Menschikoff el paso del rio, los aliados continuaron su marcha para atacar los fuertes septentrionales de Sebastopol, en cuya posesion cifraban la de la ciudad entera; pero luego reconocieron la esterilidad de aquella victoria, pues habiendo tenido noticia de la formidable barricada de navios que acababa de formarse á la entrada del puerto, y habiendo visto ó creído ver las fortificaciones que habian levantado los rusos á la desembocadura y en la orilla izquierda de Belbeck, modificaron los aliados inmediatamente su primer proyecto y emprendieron una marcha de flanco al rededor de la plaza para ponerle sitio por la parte del sur. Esta medida, que daba al través con el decantado golpe de mano, y obligaba á las tropas á emprender una marcha difícil á través de comarcas desconocidas, cortadas por barrancos profundos, cubiertas de bosques impenetrables, sin senda alguna, sin guias y sin agua, fué disculpada igualmente por el *Monitor* en los términos siguientes: «No pudiendo verificarse el golpe de mano que los generales habian creído posible despues de la batalla de Elma, no quedaba otro recurso que el de emprender un sitio ajustado á las reglas del arte. Desde el principio de tan difícil empresa los rusos habian tomado dos medidas sumamente eficaces, á saber: el movimiento estratégico del príncipe de Menschikoff, que en vez de encerrarse en Sebastopol se dirigió á Sinferopol para sostener la campaña y conservar las comunicaciones con la plaza sitiada, y luego la resolucion de echar á fondo algunos buques de guerra para hacer inaccesible el puerto á nuestras escuadras, adquirir para la defensa de la plaza quinientos ó seiscientos cañones y las municiones de los buques sumergidos, y emplear á los marineros como artilleros en el servicio de las baterías. De esta suerte la ciudad, que ya presentaba un aspecto formidable por el número de sus cañones, vió aumentados sus armamentos con las baterías que se levantaron como por encanto, y nuestra poca artillería de sitio no pudo acallar en manera alguna los fuegos de la defensa.»

Exacto anduvo, segun nuestros datos, el *Monitor* al atribuir á estas dos causas la modificacion que introdujeron los aliados en sus primeros designios; mas aunque la segunda disculpa perfectamente á los generales en jefe, porque en efecto no podia preverse la resolucion que tomaron los rusos de echar á pique los navios á la entrada del puerto, no puede decirse otro tanto de la primera, pues era evidente que la suerte de la plaza dependeria de sus comunicaciones con el ejército de socorro, y no debia esperarse por consiguiente que el príncipe de Menschikoff se encerrara en Sebastopol en vez de sostener la campaña, como llevamos dicho (1).

No faltan sin embargo algunos escritores, entre ellos el autor de la citada Memoria, que cifran en la fuerza de las baterías que habian construido los rusos en las alturas del Belbeck la verdadera causa del establecimiento de los aliados en la meseta del Quersoneso. Estos escritores suponen que lord Raglan y el jefe de su estado mayor consideraron sumamente difícil acallar el fuego de aquellas baterías; que en vez de pasar el Belbeck y atacar la parte septentrional de la plaza se creyó mas conveniente emprender el indicado movimiento de flanco al rededor de ella,

(1) Página 591.

pasar el Tchernaiá fuera del alcance de la artillería rusa y tomar posicion en la meseta del Quersoneso; que para formalizar el sitio se contaba con el concurso de las escuadras; que cuando se adoptó el nuevo proyecto no se tenia noticia ni se habia presentado aun el movimiento estratégico del príncipe de Menschikoff, y que los generales en jefe ya se hallaban en la meseta del Quersoneso cuando supieron por la vez primera que el enemigo habia barreado la entrada del puerto con una porcion de navios y fragatas; pero prescindiendo de esta esplicacion, que carece de fundamento ni deja de poner en relieve con mayor evidencia el desorden que reinaba en los planes y cálculos de los aliados, no podemos menos de manifestar á este propósito el desacierto con que discurria sobre el éxito de aquella empresa el mariscal de Saint Arnaud en cuya muerte se empeñan aun algunos en reconocer el origen de todas las calamidades que experimentó el ejército aliado, como si para ellos fuesen inútiles de punto las lecciones de la historia. Durante aquella marcha de flanco que obligaba á los invasores de Crimea á desistir del golpe de mano y emprender un sitio largo segun las reglas del arte, el mariscal hablaba del asalto suponiendo que podria verificarse facilmente en pos de un bombardeo de pocas horas, y decia: «El emperador estará satisfecho de nosotros: hemos cumplido sus órdenes, suyo es enteramente el honor de la expedicion..... dentro de diez dias tendrá las llaves de Sebastopol..... aquí ha nacido el imperio..... aquí ha recibido el bautismo de fuego.» Verdad es que el general en jefe del ejército francés se hallaba entonces en su lecho de muerte, pero todavia conservaba el mando y el uso de sus facultades intelectuales, y no puede decirse en manera alguna que dichas palabras fuesen el producto del delirio ó de una imaginacion desarreglada.

Cualesquiera que sean las verdaderas causas que provocaron la marcha de flanco de los aliados al rededor de la plaza y el movimiento estratégico del príncipe de Menschikoff en direccion al valle de Batchi-Serai no admite duda que los primeros procedian á tientas en todas sus operaciones, y que despues de haberse establecido en la reducida meseta del Quersoneso se vieron bloqueados en ella por la corriente del Tchernaiá y por los muros de la ciudad misma. El general Canrobert, que poco antes de morir el mariscal de Saint-Arnaud se habia encargado del mando del ejército francés, dividió sus tropas en dos cuerpos, á saber, uno para formalizar el sitio, y otro para observar al enemigo, pero ningun provecho se sacó con esta medida verdaderamente útil, porque se cometió el supremo desacierto de confiar á los ingleses la estension mayor y mas difícil de la línea, tal vez porque el general francés creia que la llave de Sebastopol era el baluarte del Mástil ó el del Centro. Esta medida indicaba que el sitio seria muy largo, por cuyo motivo los aliados, aunque con mucha repugnancia por parte de lord Raglan, resolvieron proceder al asalto antes que llegara el invierno; pero la principal dificultad no consistia precisamente en el éxito inmediato del asalto, que los mas inteligentes calificaban de imposible, sino en los medios de sostener la plaza despues de tomada, pues el general Bizot y la mayor parte de los oficiales de artillería ó ingenieros eran de parecer que los fuertes septentrionales se hallaban en una posicion bastante ventajosa para dominarla. Se ha dicho que el príncipe de Menschikoff se burló posteriormente de la timidez con que los invasores renunciaron al ataque de las baterías del Belbeck pero lo cierto es, como demostraba matemáticamente el general Bizot, sin que el emperador de los franceses se diera sin embargo por convencido, que no podia sostenerse el ejército en Sebastopol en tanto que el enemigo continuára poseyendo los fuertes del norte de la rada, segun ha demostrado tambien la esperiencia, y en este concepto los generales no podian aspirar á mayor triunfo que á la destruccion de la ciudad y á la consiguiente renuncia de la prenda de que deseaban apoderarse los gobiernos occidentales para echarla en favor suyo en la balanza diplomática al ajus-

tarse la paz. Este argumento era incontestable, y aunque el almirante Hamelin, el príncipe Napoleón y el mismo mariscal Vaillant se fundaban en una demostración tan sencilla para dudar del buen éxito de la empresa, Napoleón III, no sabemos con que fundamento, se empeñaba todavía en cifrar un triunfo completo en la toma de Sebastopol y calificaba de timidas aves á los que se atrevían á creer lo contrario; mas si posteriormente el general Canrobert cayó en un completo descrédito, por haber abundado en las mismas esperanzas que mecían al emperador, no se nos alcanza la distinción establecida por algunos publicistas entre estos dos personajes en orden al mérito de sus cálculos, puesto que las ideas del general Canrobert eran el simple reflejo de las opiniones personales de su monarca.

El nombramiento verificado en favor del general Canrobert concurre con todos los demás hechos á probar el desacierto con que suele proceder en sus medidas el emperador de los franceses, pues ni tenía el indicado general el talento necesario para abarcar en un instante las complicaciones de un ejército numeroso, ni llevaba la menor ventaja por sus calidades administrativas al mariscal de Saint-Arnaud, á quien el autor de la citada memoria considera como un modelo de desorden y de despilfarro, pero tampoco puede el historiador estar muy lisonjero con lord Raglan, pues aunque los ingleses estaban encargados de todos los ataques de la derecha, donde se levantaba la torre Malakoff y las inmensas fortificaciones del Karabelnaia, jamás se curaron de fortificar sus líneas, de suerte que sin las grandes faltas del general Soimonoff (1) la sangrienta batalla de Inkerman hubiera acarreado la ruina completa de todo el ejército. Apesar de esta victoria, los aliados no concibieron ni podían concebir la menor esperanza, porque sus disposiciones no les permitían adelantar un paso, mucho menos al ver los refuerzos que iban recibiendo continuamente los rusos, mas desestimó el proyecto que propusieron algunos para abandonar el suelo de Crimea, porque esta medida hubiera echado un borron indeleble en las banderas anglo-francesas, en cambio los sitiadores se vieron espuestos á todas las calamidades de la estación y de la epidemia, realizándose los vaticinios que habia hecho el príncipe Napoleón en el consejo de guerra celebrado en Varna, á saber, que siendo la expedición de Crimea una aventura no podia esperarse otra cosa que una campaña de invierno en suelo ruso, es decir, un desacierto.

Ningun éxito produjeron las victorias ni los formidables bombardeos con que los sitiadores se proponían aterrar los muros de la fortaleza; y á pesar de las conferencias de Viena, á pesar de los incesantes refuerzos que los gobiernos occidentales enviaban á sus generales con la velocidad que les permitían el vapor y el hélice, y apesar de la convención militar que aumentaba las fuerzas de la alianza con el concurso de quince mil piemonteses en el sitio de Sebastopol continuaba con una lentitud asombrosa, y el gran número de refuerzos que recibían los aliados no servían para otra cosa que para llenar las bajas que experimentaban en sus filas. Entonces fué cuando Napoleón III, que siempre se ha sentido alucinado por la idea de mandar un ejército, tomó la resolución de trasladarse á Crimea; pero los que reconocían en este proyecto un nuevo peligro para los intereses del orden europeo consiguieron que no se realizase hasta que el general Niel hubiese estudiado la marcha de las operaciones y presentado su dictámen. El general Niel partió en consecuencia para Crimea, tomó el mando en jefe de la ingeniería, y habiendo examinado la plaza conoció que el general Canrobert andaba enteramente equivocado al cifrar el éxito

(1) I, Pág. 60.

del sitio en el ataque del baluarte del Mástil, que nada absolutamente podia hacer el emperador en aquel momento, porque era preciso abandonar el plan que se estaba ejecutando inútilmente por espacio de cinco años, empezar de nuevo las operaciones y concentrar todos los esfuerzos en los reductos de Sapun-gora y del cerro Verde, á cuyas espaldas se levantaban las fortificaciones de Malakoff. Para llevar á cabo este proyecto en concepto del general Niel, era necesario empeñar una lucha tenaz y larga, sacrificar mucha gente, consumir muchas municiones, hacer grandes esfuerzos y disponer de recursos inauditos en la historia de los sitios, mas aunque en consecuencia Napoleón III desistió de su viaje, con mucho sentimiento de sumjer, en cuyo obsequio se habian hecho en Constantinopla todos los preparativos que suele hacer en semejante caso el lujo de los orientales, creyó conducente tomar algunas medidas para establecer el entusiasmo del ejército, destituyendo al general Forey, que habia perdido enteramente el prestigio necesario para ejercer el mando, y acabando por conferir la dirección superior del ejército al general Pélissier. Debemos consignar en este punto el justo tributo de admiración que depuso en aquel momento la Europa entera á los pies del general Canrobert. Reconociendo su propia insuficiencia como la superioridad de su sucesor, en especial en pos de los sangrientos combates de 2 y 3 de mayo, empeñados en frente de la Cuarentena, el general Canrobert resignó humildemente su mando, negóse á admitir el que se le ofrecía de un cuerpo de ejército, condenó voluntariamente sus propios planes, y presentó al mundo el espectáculo de un alma verdaderamente grande, contrayéndose á aceptar el mando de la división que tenia antiguamente á sus órdenes. Entonces fué cuando se dió un impulso vigoroso á las operaciones del sitio; pero los resultados pusieron constantemente de manifiesto que los sitiadores debían cifrar todas sus esperanzas en un desesperado golpe de mano. La batalla de 7 de junio puso el cerro Verde y las obras Blancas en poder de los aliados en el espacio de una hora, tal vez por la negligencia del príncipe Gortschakoff, como parece deducirse de todas las relaciones que se han hecho de aquel acontecimiento; el asalto de 18 de junio dió un nuevo realce á la resistencia de la guarnición en el baluarte Korniloff y en el de la Estrella mayor; la jornada de 16 de agosto defraudó completamente, por culpa del general Read, todas las esperanzas que podían haber concebido los rusos, y los asaltos combinados de 8 de setiembre fueron rechazados en todos los puntos, á escepcion del que facilitó á los franceses el medio de sorprender en quince minutos el baluarte Korniloff. Todos estos hechos demostraron hasta la evidencia la imposibilidad absoluta de tomar por asalto á Sebastopol y justificaron hasta cierto punto los últimos planes del general Canrobert, pues aunque la verdadera llave de la plaza, como decia el general Niel, eran los fuertes del Karabelnaia y especialmente la torre Malakoff, ó por mejor decir, el baluarte Korniloff, no era posible hacer otra cosa que ir arruinando la plaza á fuerza de proyectiles, desistir del proyecto de humillar á Rusia con la toma de Sebastopol, y contentarse con la vanagloria de un estéril triunfo para conservar incólumes el honor de las armas y de la reputación de los valientes soldados que iban á morir inútilmente á ochocientas leguas de distancia de su patria. Las primeras noticias que se recibieron en orden á la jornada de 8 de setiembre provocaron el júbilo de los entusiastas induciéndolos á suponer que la expedición de Crimea habia cumplido con su objeto, mas en el libro anterior hemos manifestado con alguna estension el verdadero influjo que debia ejercer y que ejerció efectivamente aquella jornada en la situación de las tropas beligerantes, y no nos ocuparemos por consiguiente en demostrar de nuevo que en la ruina de Sebastopol iba envuelto definitivamente el triunfo del ejército ruso.

La situación en que se hallaban los aliados en pos del incendio de Sebastopol indujo á muchos

publicistas á considerar á sangre fría los resultados militares de la guerra, y en la *Nueva Gaceta de Prusia* se consignó el verdadero valor de las operaciones por medio del artículo siguiente, cuyas ideas guardan una armonía completa con las que nos ha sugerido el exámen imparcial de los hechos:

«Quince meses han trascurrido desde el día en que los aliados entraron en el territorio de Rusia (1). En este espacio de tiempo han tenido lugar siete hechos de armas importantes, á saber: la batalla de Alma, la batalla de Balaklava, la de Inkerman, el asalto de 18 de junio, aniversario de la batalla de Waterloo; el asalto y la toma de Malakoff, la batalla del Tchernaya, y el asalto de Kars. En estas acciones el ataque se verificó tres veces por parte de los aliados: en el Alma, contra una posición que carecía de atrincheramientos, y en los dos asaltos de Sebastopol, pero solo alcanzaron una victoria decisiva, que fué la del Alma, porque en el asalto de 18 de junio sufrieron una derrota señalada, y el segundo asalto surtió un éxito dudoso.

» Los rusos por su parte han atacado al enemigo en cuatro batallas, y siempre en posiciones fortificadas: en Balaklava, en Inkerman, en el Tchernaya y en Kars.

» Esta enumeración es suficiente para reducir á una situación mas modesta los tan decantados triunfos de los aliados, pero tampoco debe omitirse otra circunstancia, y es que en quince meses trascurridos desde que invadieron el suelo ruso y apesar de todas sus victorias, los aliados no han podido conquistar en ninguna parte del territorio de Rusia una faja de terreno que tenga mas de tres ó cinco leguas de profundidad. Aun en este mismo terreno se han retirado constantemente á sus fuertes atrincheramientos permaneciendo siempre á la defensiva, y en la actualidad se ven reducidos igualmente á la precisión de aguardar el ataque de los rusos.

» El hecho es que en una campaña de quince meses un ejército de doscientos mil hombres no ha podido conseguir sino ventajas insignificantes, y este hecho es una demostración rigurosa de la existencia de otras causas que oponen obstáculos insuperables á las operaciones ofensivas de los aliados, obstáculos que ellos mismos desean vencer, si ha de juzgarse por la cláusula del discurso que pronunció el emperador Napoleón al cerrar la exposición, y en la que dice así: «Es preciso que Europa se pronuncie para que pueda hacerse pronto la paz, pues es de creer que sin la presión de la *opinión pública* la guerra empeñada entre unas naciones poderosas concluirá por perpetuarse, mas si Europa se pronuncia, mucho se habrá adelantado para obtener una solución (2).»

» ¿No equivale por ventura este discurso á declarar en términos explícitos que los aliados desean de reducir á Rusia sin el concurso de las otras potencias?

» ¿Cuáles son sin embargo los obstáculos que tienen encadenados á los aliados en las costas rusas?

» El primero consiste en la dificultad en que se hallan de abandonar la base de sus operaciones establecidas en el litoral y á costa de grandes esfuerzos, ó sea, en la dificultad de penetrar en el interior sin esponerse á un peligro cierto. La fundación de unos establecimientos importantes y aun de ciudades enteras como son los de Kamiesch, Eupatoria y Kertch, demuestra que los aliados necesitan estos establecimientos para verificar la enorme concentración de sus fuerzas, y que no

(1) Este artículo se publicó en el mes de diciembre de 1855.  
 (2) Mas adelante hablaremos de este discurso por cuyo medio el emperador de los franceses confesaba su impotencia á la faz de Europa.

se atreven á adelantar un paso para que el enemigo no pueda interceptar sus comunicaciones y esponerlos en este caso á un desastre casi cierto. No es ciertamente esta guerra como las que se han hecho en las ricas llanuras de Alemania, fecundas en recursos de todo género, populosas y llenas de ciudades opulentas. No es tampoco como la guerra de España, donde el ejército francés no tenía que luchar sino con guerrillas ó cuerpos enemigos muy inferiores en número. No es finalmente como la campaña de Rusia en 1813, donde el ejército grande penetraba en el interior apoyándose en una base anchurosa, segura y provista de recursos en abundancia, y en la que podía contarse con el centro de Rusia y con la fértil comarca de Moscou, que eran en gran parte suficientes para subvenir á las necesidades del ejército invasor.

» Al penetrar actualmente en las estepas de Crimea ó de la Rusia meridional, el ejército aliado tiene que llevar en pos de sí todas las provisiones y material de guerra; pero los rusos por lo contrario, han aprovechado el tiempo estableciendo almacenes en todas partes y sacando recursos de las vecinas comarcas, que producen trigo y forrage en abundancia, y además tienen la ventaja de poseer un sistema de transporte perfectamente organizado y proporcionado á las condiciones naturales y á la costumbre de aquellos países.

» Es preciso tambien confesar que la energía y estrategia de los rusos opone un obstáculo no menos terrible á los progresos de los aliados. Los rusos han mostrado en todas partes una sólida cohesión de masas, una defensa obstinada, una energía indómita en el modo de concentrar sus fuerzas en los puntos decisivos. Mucho tiempo hace que se han desvanecido las ilusiones que en virtud del mensaje del tártaro inducían á suponer que el ejército ruso se dispersaba ante la artillería francesa como la nieve azotada por el viento, y los periódicos ingleses que poseen todavía el hábito y el permiso de decir la verdad, han hecho franca justicia al valor de los soldados y al talento de los generales rusos.

» Aunque se dé nuevo principio á la guerra en la primavera, la próxima campaña no surtirá resultados mas positivos que la que acaban de terminar. No es probable que los aliados se hallen en estado de militar simultáneamente en Crimea y contra Nicolaieff, mas aun admitiendo lo contrario y aun suponiendo, lo que todavía es menos probable, que se apoderasen de Crimea, de Perecop y de Nicolaieff ¿que podrán hacer en seguida? Basta con echar una ojeada al mapa de Rusia para tener la respuesta.»

No estamos enteramente conformes con algunas ideas emitidas en este artículo, pues aunque es muy cierto que los aliados no triunfaron jamás por su pericia en sus operaciones ofensivas sino en la batalla de Alma, lo positivo es que los rusos fueron vencidos en esta jornada como en las de Inkerman, del Tchernaya y del asalto de Kars, segun veremos mas adelante, y únicamente salieron triunfantes en la de Balaklava y en el primer asalto de Malakoff; pero si reconocemos la verdad del pensamiento general que en él se espresa, porque por mas que los aliados redoblaran sus esfuerzos, ni dejaba de ser una aventura la expedición de Crimea, ni podían cifrarse muy lisonjeras esperanzas en el éxito de la campaña siguiente.

La jornada de 8 de setiembre justificó por completo las previsiones del general Bizot, que habia demostrado la imposibilidad de formar en la plaza de Sebastopol un establecimiento sólido mientras continuaran en poder del enemigo los fuertes del norte de la rada. Todavía, como llevamos dicho, se conservaban en la parte meridional los suntuosos diques de la dársena, el fuerte Nicolás, el de la Cuarentena y algunos establecimientos de menos valor; pero tan profundo era el terror que inspiraba á los aliados la presencia de las baterías septentrionales como tambien la ignorancia en que se hallaban en orden á los peligros subterráneos de la plaza incendiada,